la Trinidad, IX, 4). La concepción filosófica del hombre deriva, así, en una concepción religiosa basada en la Biblia.

Traducianismo

Respecto al **origen del alma**, Agustín se confiesa incapaz de dar una solución adecuada. Dos eran las teorías que circulaban en aquel momento (además de la teoría platónica de la preexistencia y transmigración): el traducianismo de Tertuliano (el alma es engendrada por los padres) o el creacionismo de San Jerónimo. Sin duda -piensa-, el alma de Adán y la de Cristo fueron creadas por Dios. Pero la existencia del pecado original le hace difícil admitir lo mismo para el tema de los demás hombres. En general, se inclina por un *traducianismo* calcado del emanatismo de los neoplatónicos: el alma del hijo aparece "como se enciende una antorcha a partir de otra antorcha, de tal manera que, sin detrimento de un fuego, surge un nuevo fuego".

Supuesto el **dualismo alma-cuerpo**, *Agustín concibe que el alma está presente toda entera en todo el cuerpo, y unida a él por su propia actividad. Por tanto, el cuerpo no es una cárcel en el que esté "encerrada". Atenta a cuanto sucede en el cuerpo, cuando éste recibe la impresión de algún objeto exterior, el alma saca de su propia substancia la imagen correspondiente, es decir, una "sensación". Así, el alma no sufre nunca la acción del cuerpo, sino que ella misma es permanentemente activa. Pero, como consecuencia del pecado original, el alma -que está hecha para dirigirse hacia Dios- se vuelve exclusivamente hacia la materia y se agota en la producción de imágenes y sensaciones. Así el alma termina siendo prisionera del cuerpo, dominada por la ignorancia y los malos deseos. Sólo podrá ser liberada por la gracia de Cristo. Por supuesto, el hombre no ha perdido nunca el* **libre albedrío** (liberum arbitrium), *pero como consecuencia del pecado original, no puede dejar de pecar* (non posse non peccare). *Por ello, la auténtica* **libertad**, *que consiste en poder hacer el bien* (posse non peccare), *ya no está en manos del hombre. Por eso, la humanidad es una "masa destinada a la condenación"* (massa damnata), *y sólo se salvan los predestinados que reciben la gracia de Cristo que libera la voluntad. Ésta es la doctrina que Agustín mantiene frente al pelagianismo: para Pelagio, la voluntad nunca perdió el poder de hacer el bien y no tiene, por tanto, una necesidad absoluta de la gracia de Cristo.*

La memoria, camino de la introspección

La psicología de Agustín destaca el papel de la **memoria** en la vida interior. No es ninguna casualidad que el análisis de esta facultad se encuentre la final del libro de las *Confesiones*, junto con el estudio del concepto de temporalidad. Gracias a la memoria, en efecto, el hombre consigue hacerse presente su propia intimidad y construir, a través del tiempo, su identidad personal: "Mediante ella me encuentro conmigo mismo, me acuerdo de mí y de lo que hice, y cuándo y dónde y cómo, y de qué modo me hallaba afectado" (*Conf.*, X, 8, 15). La memoria, pues, posibilita la vida interior y abre el camino de la introspección y de la búsqueda interior. Pero el abismo del espíritu es demasiado profundo para que pueda ser sondeado totalmente: "¿Quién ha llegado a su fondo? A pesar de poseer esta facultad, no consigo abarcar todo lo que soy" (X, 8, 15). "Soy un enigma para mí mismo. Abismo grande es el hombre" (V, 9, 22).

Primacía del amor

Aún mayor es la importancia concedida a la voluntad y el **amor**. La primacía del amor sobre el conocimiento -una de las doctrinas más características del agustinismo- une sin dificultad elementos tomados del platonismo y del cristianismo. Utilizando el concepto aristotélico de "lugar natural", Agustín explicará que es el amor -*charitas* cristiana y *eros* platónico simultáneamente- lo que mueve definitivamente al hombre:

"Nuestro descanso es nuestro lugar. El amor nos levanta allí [...]. El cuerpo, por su peso, tiende a su lugar. El peso no sólo impulsa hacia abajo, sino al lugar de cada cosa. El fuego tira hacia arriba, la piedra hacia abajo. Cada uno es movido por su peso y tiende a su lugar. [...] Las cosas menos ordenadas se hallan inquietas: ordénanse y descansan. Mi peso es mi amor; él me lleva doquiera soy llevado. Tu don nos enciende y por él somos llevados hacia arriba: nos enardecemos y caminamos..." (Conf., *XIII, 9, 10).*

Como en Platón, el amor culmina el movimiento del alma iniciado en el conocimiento. El amor es fuerza ascendente ("fuego") que lleva al alma a su "lugar". De este modo se restablece el "orden", otro de los temas favoritos de Agustín.

VI. Las dos ciudades

Precisamente el amor permite dividir a la Humanidad en dos "ciudades":

"Dos amores fundaron dos ciudades. El amor propio hasta el desprecio de Dios fundó la ciudad terrena. Y el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo fundó la ciudad celestial. La primera se gloría en sí misma, y la segunda en Dios. Porque aquélla busca la gloria de los hombres, y ésta tiene por máxima gloria a Dios, testigo de su conciencia" (La ciudad de Dios, XIV, 28).

Esta concepción histórico-política sólo puede ser comprendida a la luz de sus antecedentes teóricos y su contexto histórico.

El **Imperio romano** *había buscado una justificación ideológica en la filosofía estoica -que había mostrado, para ello, una gran capacidad de adaptación- y, quizá también, en la visión jerárquica del mundo del neoplatonismo. Igualmente, la religión oficial, y aun los cultos orientales, divinizaron el orden establecido. Y con Virgilio se liga la fundación de Roma a los mismos dioses. La oposición surge con el epicureísmo y el cinismo, que predican el absentismo político y critican la religión oficial. Pero también con el monoteísmo y particularismo nacionalista de los judíos, que se consideraron siempre "pueblo elegido". Igualmente, el cristianismo poseía una fuerte carga revolucionaria: oponía el* Reino de Dios *al reino del César, y en el* Apocalipsis *la Jerusalén celestial se contrapone a Babilonia, que no es sino la misma* Roma. *El Imperio representaba "el ideal de un mundo cerrado en el que la divinidad formaba, en cierto modo, parte de la comunidad política. La concepción cristiana, con su obstinada voluntad de proclamar la transcendencia de Dios, arruinaba este universo tranquilizador y cerrado sobre sí*